

## EL HOMBRE Y LA PROTESTA

### MANUEL J. CALLE:

#### LA PROTESTA

Ante el paso solemne de "El Cosmopolita" hacia la eternidad, Vargas Vila escribió:

"La América Latina languidece con pléthora de poetas cortesanes y aduladores".

¿"En dónde están los herederos de Montalvo?".

"Murió él y murió la protesta".

Pero no, en esos precisos momentos, se gestaba, de nuevo, la protesta. La inconformidad, la rebeldía se reencarnaba allá, a orillas del Tomebamba, en un espíritu ágil y burlón.

Acá la naturaleza es agreste. Aunque tiene sus dulces remansos, huertos y jardines, el panorama es bravío. Ora se levanta en violentos e inaccesibles picos, ora se abre en profundas breñas que lastiman la entraña misma de la tierra. Allá el natio es cual una caricia: suave, delicado.

Acá el río es ira mal contenida, cuando crece y ruge nada hay que detenga su impetu y arrojo, ni el granito del Ande ni las bayonetas de la tiranía. Allá las aguas son tranquilas y frescas, cantarinas y saltonas. Ni los sauces son melancólicos ni llorones, hasta ellos se contagian de la diafanidad del ambiente. Un río parece hecho de cristal, otro de poesía.

Acá el sol calcina las arenas y abrasa los espíritus. Allá la brisa tibia y picaresca se entretiene sacudiendo las flaquezas humanas.

Acá el volcán, el Tungurahua, solemne y hermoso en sus días apacibles, en los amaneceres de libertad y de justicia. Pero temible, cuando la furia tectónica convierte la indignación y la soberbia en lava incandescente que sube airada al espacio infinito para luego desolar, cual arcángel vengador los campos manchillados por la opresión, el fanatismo y el abuso.

Allá el vergel dorado, el jardín poblado de las musas; arrobador, policromo, cambiante en cada atardecer. Allá el parque de Academo, donde se refina el espíritu, donde se destilan sutilezas e ironías.

Acá la protesta volcánica se llamó Juan Montalvo, la rebeldía indomeñable, Juan Benigno Vela. Allá el aroma y las musas tomaron los nombres de Remigio Crespo Toral, Honorato Vázquez y una pléyade de bardos y la protesta tenaz, fina y zahiriente se llamó Manuel J. Calle.

Pero la protesta, como expresión de un pueblo que aspira y lucha por la libertad y la grandeza, siguió sin interrupción. El ambiente, las circunstancias y el temperamento modelaron dos formas de protesta: la una templada en fuego volcánico, atronadora, terrible; la otra, fina, mordaz, persistente como la gota de agua. En la una, la diatriba olímpica, el sarcasmo y el desprecio, en la otra la ironía sutil, el desdén y el escarnio. ¿Cuál de las dos era más temible? ¿Cuál anatema era más corrosivo?

La pluma del uno fue de acero, de acero al rojo incandescente, quemante, devoradora; desollaba en carne viva; la del otro, delicado escalpelo que penetraba hasta clavarse en lo más sensible de la pobre y frágil naturaleza humana. ¿Cuál de las dos provocó más profundo dolor?

Precisamente en los días que Montalvo escribió el primer tomo de su última obra, "El Espectador" y quizá bajo su propia influencia y enseñanza, el joven Manuel J. Calle, apenas de 18 años de edad, iniciaba ya su vía crucis de la protesta. Con Víctor L. Vivar, que también se ha de convertir poco después en gran periodista, luchador y mártir, Manuel J. Calle había publicado, en Cuenca, el periódico "El Pensamiento".

### UNA MALA PASADA

La vida le había jugado a este mozo una muy mala pasada. Le había dotado de una inteligencia superior y de una memoria de asombro pero, parda en dones, le había provisto de un cuerpo pequeño, endeble, delicado y lo que era peor: ojos estrábicos y miopes.

La primera alegría, cuanido el párvulo nada sabe aún del mundo y las maldades de los hombres, entra por los ojos. Las primeras sonrisas que impresionan las pupilas de esa figurilla, imagen del paraíso, son las de la madre, de la amiga, que no ven otra cosa que los lindos ojitos del angelito. ¿Se parecen a los del padre?, a los de la madre? ¿Son negros como el azabache o azules como el cielo? Por los ojos habla el serafinito mucho antes que la lengua le permita articular la primera palabra.

Pero si los ojos son torcidos, si uno mira al un lado y el otro a otro, ¡adiós sonrisas! adiós expresiones de felicidad! La madre mirará con preocupación y pena; los amigos, forzadamente, dirán algún cumplido; pero ese niño, sin culpa ni pecado, no verá desde entonces las sonrisas.

Crece, va a la escuela. El estigma se vuelve cruel y cavará hondo en este triste espíritu infantil. Los compañeros saben ya, con esa sapiencia inocente, que si un bizco, un tuerto los mira, hay que cruzar los dedos o correr a tocar madera para no quedar "maleados". Y en su pureza e ignorancia, sin saber como hñieren, como lastiman, gritan: "cuidado: el bizco", "ahí va el tuerto"!

Si un niño ha perdido un ojo, es objeto de atención compasiva, pero el estrábico, el bizco, como si pesara sobre él una maldición, es objeto de repulsa, de burla, de menosprecio. Por una u otra razón, nadie gusta sostener la mirada con el bizco. Nadie quiere mirarle de frente.

Si esta infeliz criatura es vigorosa y desarrollada quizá impondrá algún respeto a fuerza de puñadas. Pero ese frágil niño llamado Manuel J. Calle ¿qué podía hacer? Apretar los dientes, rabiar, esperar, dejar que se rían de él; dejar que la incomprendión y la injusticia se encarnicen en él. Ya madurará su agudo ingenio para escupir sus defectos a los otros y no las simples flaquezas físicas, sobre las cuales no tenemos dominio, sino las flaquezas del espíritu, las dobleces del alma, las lacras de la conciencia.

**ÁREA HISTÓRICA**  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

### SURGE EL ESCRITOR DESDEÑOSO E IRÓNICO

Creció sintiendo no sólo el algor del alma por la burla no intencionada a causa de su estrabismo, sino también mordida su flaqueza física por la pobreza y la miseria. Qué había hecho él para no tener el pan que a otros les hartaba y sobraba? Y por encima de todo ésto le habían enseñado que más pronto pasa un camello por el ojo de una aguja antes que a un rico se le abran las puertas del paraíso. Pero en su Cuenca apacible y tradicionalista, por lo menos las puertas convencionales que eran las que él podía ver de modo objetivo, se abrían solícitas a quienes, precisamente disfrutaban de todos los bienes de la tierra. Pero a él, desarrapado muchacho de barrio pobre, ni se le abrían las puertas, ni la vida se le presentaba generosa y en la propia escuela sintió ya en su espíritu, el mordisco de la injusticia social.

¡De cuántas hipocresías fue testigo! ¡Cuántas falsedades conoció! ¡Cómo tuvo que aprender que la ironía era el lenguaje que mejor se acogía a ese ambiente falaz y gzmónero! ¿Cómo podía creer en cuanto le enseñaban? ¿Cómo podía encontrar virtud donde

reinaba la afectación y la falsia? ¿Cómo podía habilar honradez, dignidad, hombría de bien donde campeaba la mentira, la cobardía y la estulticia?

— Qué fe, qué respeto podía sentir por los falsos valores, relumbres de oropel, ignorancia y vulgarnidad mal disfrazadas de merecimiento y decoro! Todo ésto templó el espíritu y la pluma de Manuel J. Calle. Su primer artículo publicado en el flamante periódico “**El Pensamiento**”, está dedicado a poner en ridículo las celebridades pueblerinas.

Ante las protestas de quienes sentían mancillada la purísima alitura de sus honras, ante la indignación de los vejetes que reclamaban señorío, el joven periodista se reirá para sus adentros y saleroso les contestará: “Se dice que soy uno de los autores del periódico titulado El Pensamiento... Joven que ahora recién principio la vida de estudiante, sin los conocimientos necesarios en el difícil arte de escribir, y, más que todo, desprecioso de esa natural aptitud para competir en la palestra literaria contra la honra y reputación de personas de mérito sobresaliente e intachable conducta, nunca podría haberme imaginado echar tajos y mandobles a quienes debo obediencia, respeto y veneración”.

Inteligencia aguda y perspicaz no podía transigir ni con la falledad y el engaño menos podía convenir con un orden social evidentemente injusto, proclive al abuso y a la consagración de privilegios en favor de los menos con quebranto de las mayorías. Tempranamente, Calle abrazó el ideal liberal.

Nadie que piense con hondura puede ser víctima del conformismo. Quien piensa, no sólo que existe sino que se convierte en impulso creador. El que piensa jamás puede estar conforme con lo que es el mundo. El mundo tiene que cambiar ante el ímpetu de las nuevas ideas. Por eso el que piensa es, esencialmente, un revolucionario.

Y así armado caballero, con ese idealismo quijotesco, con esa sublime pasión por la libertad, Manuel J. Calle salió, lanza en risa, a desfacer entuertos, a colocar en la temible picota de la burla a ruines y malandrines.

Tres años después del malogrado ensayo de “*El Pensamiento*”, funda el semanario “**La Libertad**”, cuyo solo nombre es ya una enunciación de principio.

Durante 18 o 20 años se habían reído de él. Su estrabismo y su desmiurriada figura habían sido el motivo de la burla. Ahora será él quien se ría y con él, el pueblo. Ahora se reirán de los polichinelas miserables de la política lugareña, como de los señorones que juegan, despreocupados, con los intereses de toda una nación.

## HACIA LA CONQUISTA

Tragedia de pueblo chico, pronto la atmósfera se vuelve densa, el aire irrespirable. Tras nuevos ensayos periodísticos tendrá que abandonar su Cuenca natal para correr suerte en ciudad más grande, más cosmopolita, como Guayaquil y, sobre todo, ciudad abierta como el mar inmenso, a las nuevas ideas, a las nuevas orientaciones políticas.

Pronto inicia allí su colaboración en el "Diario de Avisos" y se consagra, definitivamente, como el periodista más ágil, más agudo, más donaireño.

Dice Stefan Zweig: "El primer pensamiento y el más natural para un alemán es el de la organización, de la unión de los elementos buenos, y el primer pensamiento del hombre fuerte, es el de la lucha".

Quizá el primer pensamiento del ecuatoriano es el de la libertad. Se hizo presente ya cuando el inca fracasó en su intento de conquista por la fuerza. Rindió nueva jornada en la epopeya suicida de Rumiñahui. Escribió páginas de sacrificio, pero no de ese sacrificio estéril, de vírgenes inmoladas, sino sacrificio de sangre fertil, con Eugenio Espírito y los mártires de Agosto. La idea de libertad habló por boca de Mejía, de Olmedo y Rocafuerte, habló con voz de trueno por boca de Montalvo y ahora, con otro estilo, con otro rapaje hablaba por la pluma volandera y grácil de Manuel J. Calle.

Cuando aborda el apasionante tema de la libertad, a veces, se parece a Montalvo en sus célebres "Lecciones al pueblo", pero en estilo más sencillo, más a tino con la mentalidad popular, porque Calle escribió para el gran público, gozó y rió con él y con él se equivocó también, pues como dijera Romain Rolland: "Hay épocas en las que la opinión pública es la peor de todas las opiniones".

## EL DIALOGO CON EL PUEBLO

Calle, para dialogar con el pueblo, buscaba el recurso de la anécdota graciosa, de la parábola de fácil comprensión, del lenguaje claro, sin rebuscamientos, aun de la propia expresión popular, pero previamente pasada por el fino tamiz de la gramática y el buen decir. Calle no consagró vulgaridades. El humilde decir popular lo elevó en categoría y dignidad. Esa misma claridad y sencillez revestían de trascendencia y permanencia a los escritos de Calle.

Quién puede dudar, para citar un sólo ejemplo, aquella espléndida parábola sobre la libertad. Quién que haya leído una vez "Un país de ilotas", puede olvidar semejante enseñanza? Oigamos al propio escritor:

"Sucedío que un viajero acertase a pasar por un pequeño pueblo, cuyos habitantes se habían granjeado la merecida fama de revoltos. En muchas leguas a la redonda no se oía sino el eco de los escándalos de aquellas buenas gentes que vivían peleándose un día y otro por cualquier pretexto, aun por los más pequeños y ruines. Para ellas no había autoridad, ni ley; el capricho de las pandillas, motivo constante de discordia, y los pleitos de vecindad, ajustada ocasión para un derramamiento de sangre. ¿En manos de qué cuadrilla de facinerosos iba a caer el pobre viajero? Se santiguó, pues era buen cristiano rezador; aprestó sus armas para una defensa posible, pues no le faltaba valor y era hombre de chapa, y como en los grandes conflictos se toman las grandes resoluciones, se avino a la idea de la muerte, y entró.

"¡Qué sorpresa! Allí donde le habían dicho que no encontraría si no la selva oscura del Dante y más allá la puerta del infierno con la inscripción terrible, halló vergeles amenos, floridos jardines, campos de fecundidad estupenda. Ladrones, dónde? Excelentes jornaleros, en considerables grupos, abrían el surco, deslindaban la heredad, construían el edificio: se cruzaban los caminos coronando los altos repechos, pues era montuoso el país, serpenteando por los valles profundos, siguiendo las orillas de los ríos. Había agitación de trabajo; el sudor bañaba la tierra y la tierra agradecida ofrecía cosechas óptimas al labrador.

"¡Oh qué país tan feliz! —se decía el aventurero viajante, guardando las pistolas, y con el alma ya tranquila;— ¡oh qué buenas gentes! ¡Qué honradas y dignas! ¡Señor! y lo que puede la calumnia!

"¡Hola, amigo! ¿Va bien la cosecha?

"El hombre a quien se había dirigido levantó los ojos asombrados; miró al extranjero, le señaló un punto en el horizonte, y, sin decir una palabra, bajó la cabeza y continuó su tarea.

"—Si será mudo este zopenco! —Tú, bribonuelo que estás jugando con el hacha de tu padre, galopín de trece años, ¿me dirás dónde está la casa del señor cura, para irle a pedir hospitalidad?

"El chico, pálido, desgreñado, de mirada opaca, extendió el brazo, señaló el mismo punto del horizonte, y tornó al silencioso juego.

Saltamos páginas, el viajero con sus preguntas fue de persona a persona, sin que nadie dijera una sola palabra mientras todos señalaban el mismo punto. Ese, era una especie de castillo encantado. Volvamos ahora a la versión original:

"Atravesó salas y salas, sin encontrar más que lacayos tímidos, que por el un lado parecían verdugos y por el otro murciélagos... Todos silenciosos, todos tristes: Llegó al salón del trono: halló un hombre feroz, ocupado en dictar sentencias de muerte. Era el jefe.

"Entonces el extranjero lo comprendió todo. Aquellas gentes callaban, porque tenían miedo; estaban en paz porque el verdugo estaba detrás de cada uno de ellos.

"El extranjero indignado maldijo aquella prosperidad de esclavos, y, sacudiendo el polvo de su calzado, fue a buscar el monte alto, donde las aves gorjean, canta la naturaleza salvaje y el hombre piensa, habla y ríe.

"¡Oh país de ilotas! —dijo al despedirse. Tu única salvación está en el rayo de Dios que aniquile a los malvados!

"Y la tempestad estaba ya formándose en el horizonte, y se ceraría en la altura con sus grandes alas negras en las cuales iba Azrael, el ángel de la venganza..."

Alguna vez, comentando sobre el espíritu alemán Goethe expresó: "El ideal en los alemanes, pronto se vuelve algo sentimental". En parangón diría que el ideal de libertad, en los ecuatorianos, pronto se vuelve en algo revolucionario. Y allí estuvo Manuel J. Calle, en la barricada de la lucha, enarbolando el pendón rojo del liberalismo. Sus artículos, tan amenos, tan insinuantes a la sonrisa burlona, cuando no cargados de aciabar, de veneno, eran una diaria invitación a la revuelta.

### LA LUCHA POR LA JUSTICIA

#### ÁREA HISTÓRICA

El triunfo de Alfaro pudo haber significado para Calle, honores, prebendas, privilegios. Pero Calle fue de esos hombres de quienes Unamuno, sintiéndose de esa misma categoría, ha dicho que luchan por la verdad, poniendo su vida en la lucha misma más que en la victoria.

Con la revolución liberal se vino a Quito y aquí armó su tienda de campaña. Isaac J. Barrera, recuerda esa época con estas palabras: "En Quito fundó varios periódicos; sostuvo polémicas con cuantos se le presentaron; escribió folletos y libros; se malquistó con todos, inclusive con Alfaro, y el mundo pasó a condotiero de la pluma... Publicó varios periódicos: **El nuevo régimen, El Diario, La Mañana, El Radical, La Revista de Quito, El Buscapié**".

Su lucha contra el clero politizado y revestido de poder y privilegios de todo orden fue tenaz y en todos los tonos. En el más familiar, en su género satírico, decía en 1897: "Si creo y confieso cuanto manda la Santa Madre Iglesia Católica, apostólica, romana? Vaya si creo y confieso! Eso y mucho más. Sólo que de vez en cuando, uno se impacienta y pierde los estribos, y está listo a decir una fresca al nuncio del alba, sin miedos ni tapujos. **Qui potest capere, capiat**, lo ex-

presaré en latín, para que ustedes mejor se enteren... o se dividan". Para luego, con toda seriedad y profundidad de conceptos agregar: "El partido liberal no odia a la clerecía ecuatoriana; pero no puede tampoco amarla ni tener fe en sus procedimientos políticos. ¿No ha sido ella, por ventura, su tenaz perseguidora? ¿No se ha sentado ella al banquete sangriento de todas las tiranías? ¿No ha prestado a éstas el apoyo de su influencia, la ayuda de su propaganda liberticida que la hacia invocando el santo nombre de Dios? Los obispos han pedido la muerte de la Libertad de imprenta, de la libertad de palabra, de la libertad de asociación, de la mayor parte de las garantías republicanas, en días de recordación cipriobiosa"...

"Se ha culpado de ingratitud clerofobia al régimen liberal en sus períodos de establecimiento y crisis; y pocas acusaciones más injustas que esa. El régimen liberal nunca ha hecho otra cosa que defendarse contra la acción de los eclesiásticos, fuego latente de conspiraciones políticas, voz de aliento y apoyo moral y material de sangrientas contrarrevoluciones, labor de mina y perversión de conciencias..."

"Y no se diga que el clero tuvo razón al oponerse abierta o subrepticiamente a la hegemonía liberal en esta república, por cuanto tal hegemonía, con su plan de reformas, sustanciales o no, hería los intereses de la fe y menoscababa los de la Iglesia, antigua dominadora; pues si las reformas no hubiesen constituido el espíritu del régimen, no habría valido la pena de realizar la revolución de Junio ni, por tanto, derribar a los conservadores. La secularización del Estado y del individuo, clerofobia; la instrucción laica, la libertad de imprenta, el registro y el matrimonio civil, la policía de cultos, clerofobia; clerofobia el Patronato, la incautación de los bienes de las comunidades para evitar su malversación en manos de frailes y monjas levantiscos y rapaces que los defendían con falsas hipotecas, y ventas simuladas, la limitación del monjío, la expulsión del clero de toda representación en la vida civil, donde hubiese aspirado a un programa de regresiones afrentosas, clerofobia. Y la libertad política, clerofobia; clerofobia, hasta el mismo ferrocarril que fue condenado y maldito desde lo alto de los pulpitos; y clerofobia, la propaganda apuesta a la incansable faena del desprecio, llevada adelante por consigna episcopal, como un esfuerzo supremo, en nombre de la conciencia católica y para la salvación de las almas... ¿Era, pues, inconducente y perverso valerse de la imprenta, de la Ley, de la Justicia y de la Fuerza armada en defensa del pobre liberalismo y de la libertad de conciencia, agredidos por la turba sacerdotal con la pluma y con la espada, en el confesionario, en la cátedra, en el pulpito, en la escuela, dentro de los hogares y en odiosos campos de batalla?".

## CONTRA TODO DESPOTISMO

Como mencioné antes, Calle pertenecía a ese tipo de hombres que jamás puede contemporizar con la injusticia y el atropello. Hay temperamentos conciliadores, pacificadores. No me refiero, desde luego, al calculador y oportunista, sino allí que sin pensar siquiera en los propios intereses lucha sin descanso por los más altos y puros ideales. En una época de rápidas transformaciones, de revolución sangrienta, época convulsa, es fácil que las pasiones se desborden y que lo mismo que se criticaba: el abuso y el atropello, vuelvan a ser procedimientos corrientes sólo que ejercidos sobre distintas personas. Es muy difícil que el luchador, que el revolucionario se mantenga noble y generosa en el momento del triunfo y lo que es peor en el caso que él lo deseare, la masa enloquecida y violenta exige expiaciones y holocaustos. Unos buscarán justificación en las propias ideas que empujaron la revolución; otros en la necesidad de consolidar un nuevo orden jurídico y social, otros quizá, en conveniencias partidistas. Pero existe el otro tipo humano que se convierte en el censor, en el fiscal implacable; que lo mismo ve el abuso en la una orilla que en la otra; que no conviene con cambiar un despotismo por otro; que aunque haya propulsado las nuevas ideas su conciencia es más poderosa que las amarras de partido o de grupo y ante el tropel de los mezquinos que sacian venganzas, de los audaces que usufructúan del triunfo; los que pusieron su fe en el ideal, desilusionados se hacen a un lado, mientras que aquel que no perdona la injusticia, se convierte en el apóstata y comienza la nueva batalla.

El escritor, el periodista, asoma entonces, para los menos avisados, como inconsistente y contradictorio, cuando no venal, y si por desgracia, recibió algún favor político, los nuevos amos, le enrostrarán de ingrato, de ambicioso insatisfecho. El odio comenzará su cosecha, pues es más fácil odiar que comprender.

## LA OPINION DE CALLE

Sus famosas **"Charlas"**, suscritas bajo el seudónimo de **Ernesto Mora**, hacen época en la historia del periodismo y de la política nacional.

Por más de 30 años, Calle, domina en el periodismo ecuatoriano. La gente se acostumbra como a ver salir el sol, a leer cotidianamente sus artículos, a regocijarse con sus aciertos, a escuchar su opinión, lo mismo sobre un personaje advenedizo a la política, que sobre temas literarios, históricos o sociológicos. Nadie podía ignorar la opinión de

Calle, ni el mandatario, ni el político, ni el hombre del pueblo. Ningún periodista, a lo largo de nuestra historia, alcanzó tanta jerarquía y tanto ascendiente. Calle acertó con la difícil técnica de enseñar al público, deleitándole. Al pueblo, para evitar la suspicacia y la resistencia, hay que instruirle y educarle sin que lo note.

Aun los atenienses, tenidos como pueblo amante de la perfección del espíritu, se incomodaban cuando trataban de enseñarles, cuando se trataba de convertir el teatro en académica cátedra.

"Manuel J. Calle, dice el historiador Reyes, poseía, para la prosa violenta de su literatura, el énfasis del estilo, la seguridad, desenfado y precisión del adjetivo, que iba a clavarse rectamente en el pecho del adversario, como un puñal; la exactitud en el recuerdo histórico, el calor natural para cada pensamiento, para cada cláusula, y sobre todo —tratándose de un comentador diario de hombres y acontecimientos de viva actualidad— estas otras virtudes, tan genuinamente periodísticas, que ya apuntó un ilustre crítico: "la interpretación original y lúcida, la deducción imprevista y justa, y la gracia y la malicia en desentrañar la intención recóndita..."."

"Manejaba su pluma la sátira —que era en el resto de los casos, su especialidad;— la burla cruel y sangrienta... Y era, entonces, cuando sus feroces anticúulos tomaban las ondulaciones de una carcajada desesperante, cuando cada ironía y cada vocablo llevaban el sabor mortal de una dosis de veneno. Tenía este escritor un extraordinario sentido de lo ridículo, y lo explotaba a maravilla, con fina y sutil gracia.

#### ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Cuántos políticos, ineptos, cuánto militar inhábil, cuánto poeta o mal "compañero", cuánto fraile riñoso o clérigo poco ejemplar, cuántos logreros e intrigantes de la vida pallaciega... recordarón, hasta en los instantes de la muerte, con rabia y vergüenza, los sangrientos epítetos y burlas atroces de este hombrecillo de mente superior".

### LA LUCHA NO ES CON FLORES

Pero la lucha no se hace, como reconociera el mismo Calle, con **"rosas y confetti"** y al igual que Montalvo fuera "desollado con mano torpe e inhábil", Calle había sido sometido al más innoble escarnio. Casi nunca fue la réplica de ideas, no el mentís caballeroso, no la contestación altiva, sino el insulto anónimo y rastrero. "Y en el ataque diario, priorrumpe Calle, no me han perdonado nada, llegando a tal extremo el improprio que ha constituido, por lo desusado de su rudeza —a pesar de valer yo tan poco—, un verdadero escándalo social. Todo ha sido manchado y escarnecido en mí: si unos han hablado de mi cortedad de vista, mi genio y figura, otros han insultado mi hu-

mil de nacimiento; éstos hanme presentado como un ser excepcional en quien la desgracia y la impotencia han engendrado un odio gratuito al género humano; aquéllos me han tratado de venal y tornadizo; y no faltan miserables que me pidan cuentas de las tristezas de mi vida privada y me juzguen encenegado en toda clase de vicios...”

Mas ni dolores ni congojas impidieron que Callle cumpla con su misión de periodista, de ciudadano, de idealista, de hombre superior. ¿Pues de qué valdría una convicción y una fe si no se está dispuesto a luchar hasta el fin?

Y ante la miseria humana, llorando quizá con ell un ojo y riendo con el otro, el dolor nunca le impidió reír, cada día retornó como Enrique de Rastignac o como el más conocido y popular de **Ernesto Mora**, trayendo su verdad amarga adulcorada con burlona sonrisa e ironía.

Hay especies animales en las cuales las hembras devoran a sus crías cuando éstas nacen deformes o antes de tiempo. Casi no hay revolución que como hembra mall pariada, no devore a sus propios hijos. La revolución liberal no se escapó de la regla.

Hacía tiempo que Callle combatía los excesos liberales. Había roto con el propio caudillo. Alfaro también se había equivocado y Ernesto Mora lo había pregionado en todos los tonos. Pero cuando llegó la hora trágica de la inmolación de los Alfaro, Callle no podía silenciar ni justificar. En su “charla” “**Y va de nuevo**”, después de discurrir en tono satírico y que permite, no obstante la gravedad del tema, esbozar una sonrisa, yendo a lo serio, agrega:

“Luego... señores, luego el fragor del combate, los aullidos de la fiera humana en Guayaquil y en Quito, la tempestad popular que arrebató palpitantes, destrozados, mutilados, medio incinerados, los cadáveres de los jefes mayores del alfarismo, comenzando por el mismo don Eloy Alfaro; el grito de indignación del Ecuador entero ante el crimen bárbaro que echa sobre toda una Nación inmerecidas manchas, que la Historia examinará con sus lentes poderosos, y la acusación airada que contra nosotros se levanta en la prensa civilizada del mundo entero... ¡Oh! Los que escribimos para divertir al público con las propias necesidades, exprimiendo donaire y ensayando muecas de desdichadas sonrisas, en el fondo mismo de la personal amargura y acazo de hondas decepciones, ¡con cuánta razón pudimos repetir, en aquella semana trágica, los conocidos versos de Leonardo Fernández de Maratín en su triste “Elegía de las Musas”:

ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

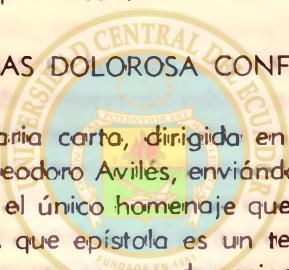
Yo vi del polvo levantarse audaces  
a dominar y perecer tiranos  
atropellarse, efímeras las leyes  
y llamarse virtudes los delitos...

Quién pudo en tanto horror mover el plectro?  
 Quién dar al verso alegres armonías  
 oyendo resonar gritos de muerte?

Díganme ustedes quién? Y pensar en estas deshilvanadas charlas cuando hacia falta pronunciar las frases enérgicas y las palabras solemnes de condenación”?

Caille logró, intuitivamente, identificarse con el espíritu de la masa. Sabía que una verdad, mientras más dura y dolorosa, mejor llega a la conciencia y al corazón del pueblo cuando apenas se dibuja en medio de la sátira; es que nada hay que más asuste al hombre como la propia verdad. Y el decir y el sostenerla significó para este hombre su propio martirio, su lento y pertinaz suplicio. Pero quizás había leído a Goethe cuando dijo: “Que nadie se queja de la bajeza, pues nada hay que sea más poderosa”.

### LA MAS DOLOROSA CONFESION

En esa extraordinaria carta, dirigida en febrero de 1915, a su fraternal amigo, José Eleodoro Avilés, enviándole la pluma de oro, que le habían entregado en el único homenaje que recibiera en vida, bella pieza literaria que más que epístola es un testamento póstumo. Caille dice: “No me quejo nunca, porque demasiado sabía que la preterición y el desconocimiento son la moneda con que los canallas pagan a quienes les sirvieron con lealtad en la hora de la prueba; y en cuanto a la perpetuidad de la injuria y de la envidia— que han labrado hondamente—, tengo de vidrio las paredes, y a Dios gracias, jamás me he rendido a las sugerencias del interés personal, como tantos otros, y, en una vida sin vicios, mi crimen ha sido la pobreza, y mi falta mayor haber solidó morirme de hambre en silencio al borde del festín de tránsfugas y sinvergüenzas”.

“Mi triunfo... ¡pobre, mezquino y amargo triunfo! Si el envío simboliza una hoja de laurel, tuvo tantas espinas, que se clavó en mis manos al recibirilla y sentí dolor ante las miserias del ajeno egoísmo. Y la sombra antigua del Eclesiastés, hijo de David, entrusteció mi alma, porque todo, en efecto, era vanidad de vanidades y aflicción de espíritu..”

“Sin embargo, era el único aplauso que, durante mi vida, llamaba a mi soledad... ¡Y en qué momentos! Momentos crueles cuya rigor no olvidaré nunca, cuando sólo por casualidad se encendía lumbre en mi miserable tugurio, y andaba por las calles arrastrándome como un gusano, enfermo, desarrapado, la escoria del mundo: y luchando por una patria, que aún no se redime de vergüenza por unas libertades

desaparecidas hasta hoy, por el procuramiento de la verdad, la decencia, la probidad...

"Sí, era un aplauso, un implícito reconocimiento de la bondad de mi oscura tarea; y no lloré de emoción, porque los infortunios mayores de mi existencia secaron hace fecha la fuente de mis lágrimas. Callé y seguí en la obra, y seguiré en ella hasta que se me rompa la pluma con la vida, y vaya en el postrero rasgo de desdén contra los expoliadores y mendaces, que son tribu inextinguible en el gobierno de esta República, la mueca posterior del asco por la existencia misma que sucumbe protestando..."

Y la protesta sucumbió de nuevo. ¿Dónde están los herederos de Manuel J. Calle?



Cada generación es injusta con sus propios valores, especialmente cuando éstos son los adalides de nuevas ideas sociales, políticas o económicas. Su valor y sus méritos son sometidos a las viejas y tradicionales medidas. Pero el pensador, el revolucionario no lucha para el presente, su objetivo es el porvenir.

Calle, fue un incomprendido de su época. Luchó con toda la fuerza de su espíritu por esa patria que aún no se redime de vergüenzas, por unas libertades que aún esperan nuestra lucha y sacrificio.

REPRODUCCIÓN  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

### EL ENSAYISTA Y BIOGRAFO

Le tocó vivir una República de opereta y Calle que se había impuesto la tarea de decir la verdad, de decirla cruda, entre una mueca trágica y una sonrisa irónica, se conquistó la animadversión y el odio. Pero al igual que la intuición hace al profeta y no a la inversa, es el acontecimiento el que hace al periodista. Lo inicuo, lo injusto, lo ridículo, no es el periodista o el escritor quien lo crea en su imaginación fecunda. El escritor o el periodista no hace otra cosa que reflejar o pálida o nítidamente, según su capacidad e ingenio ese acontecer diario. Claro que Calle, como debe hacer todo hombre de pensamiento trascendente, puso su sello personal en la interpretación de los hechos. Pudo haberse equivocado en esa interpretación, especialmente cuando tiene que producirse con la celeridad que requiere el comentario cotidiano. ¿Quién no se equivoca? ¿Quién no se desliza? Seguramente Calle no fue una excepción. Pero el error involuntario, casual, no hace desmerecer una obra del volumen y envergadura de la obra de Calle.

Si bien es cierto que Calle descuellta, en forma inconfundible, por su dilatada y brillante labor periodística que cubre un tercio de siglo, hecho excepcional aquí y en cualquier país, no es menos cierto que la obra grande de Manuel J. Calle, no se restringe sólo al comentario periodístico de todos los días. Escritor profícuo e incansable enriqueció la cultura nacional con decenas de folletos y libros que van desde la crítica literaria y el panfleto político, hacia los bellísimos ensayos históricos de "**Leyendas del Tiempo Heroico**" y "**Leyendas Históricas**", hasta la novela costumbrista y los ensayos biográficos. Espíritu dotado de exquisita sensibilidad, fue capaz también de producir poemas de fina y delicada inspiración.

### LOS MITOS Y LOS ICONOCLASTAS

Dice Andrade Coello, en su opúsculo sobre Calle: "Soy partidario del principio ético y patriótico de fomentar en los pueblos el amor a sus mitos. Los pueblos deben levantar en su corazón, en su hogar, en sus plazas públicas, altares a sus ídolos".

Las leyendas y los mitos, los ídolos y los santos del espíritu son tan necesarios para el hombre, para el género humano, como lo es el aire y el sol. "La humanidad, dice Zweig, necesita de un mito de héroes para creer en sí misma". Sin mitos ni héroes no hay fe y donde falta ésta, no hay llama ni energía que impulse a las grandes empresas del espíritu. Si no hay fe, si no hay lucha, si no hay sacrificio, el progreso se detiene y las aguas se corrompen.

Cuán difícil y relativo es juzgar la obra de un ser superior y más difícil aún juzgar su vida. Ningún juicio es puramente intelectual. Juzgamos con el corazón y amamos, odiamos o somos indiferentes y ningún ser corresponde a la imagen que de él nos formamos. No obstante hay que juzgar, y sobre todo, hay que creer. Creer en otros hombres, creer en principios, creer en ideales.

Convertir un hombre superior, en un mártir, en un héroe, en una palabra, en un mito, es idealizarlo, es juzgarlo con fe, amor y caridad. No se entiende como ofuscados iconoclastas exigen la "humanización" de los ídolos. El hombre superior al convertirse en patrimonio y símbolo de la cultura, de la historia de un pueblo, deja de ser humano para convertirse en mito. Qué ser humano, porque esa es la naturaleza, no tiene vicios y virtudes? Pero, qué es lo que se debe santificar? Plutarco planteó muy claramente el problema antes de juzgar los personajes de sus Biografías Comparadas. Exaltemos las virtudes, elevemos los méritos, que ello constituye antorcha luminosa, llama de fe, faro de esperanza.

Nunca faltan los envidiosos y detractores que tratan de demostrar que un hombre grande aparte de su genio fue un infeliz mortal podrido en vicios y defectos. Y al escupir el veneno de la iconoclastia, que es escupir al cielo, dicen unos que hay que hacerlo por "honestidad intelectual", otros porque hay que "humanizar los mitos". Tengo para mí que lo que se necesita es crear y mantener los mitos, entendidos como tal, aquellos hombres que por encima de las humanas imperfecciones, han hecho la grandeza de un pueblo, han entregado su vida en holocausto de los ideales de libertad y de justicia; en fin, han edificado la cultura.

"El hombre que trata de sobreponerse a los demás, dice Unamuno, refinándose a los inconoclastas, es que busca salvarse; el que procura hundir en el olvido los nombres ajenos es que quiere se conserve el suyo en la memoria de las gentes, porque sabe que la posteridad tiene un cedazo muy cerrado".

¿Qué Manuel J. Calle, como misero mortal tuvo vicios y defectos? Sí, los tuvo. Precisamente el conflicto entre el pensamiento renovador y la inercia social tiende a dar forma trágica a la vida de los grandes hombres. Pero Calle, como hombre superior, como espíritu grande y rebelde supo cumplir con sus obligaciones históricas, sin miedos, sin doblegueces. Puso su ingenio y la fuerza de su pensamiento al servicio de los más sublimes ideales. Se convirtió, como dijera Gonzalo Zaldumbide: "En uno de los mayores, si no el primer periodista latinoamericano". Calle es uno de nuestros grandes y auténticos valores. Calle es un símbolo de la nacionalidad.

Un pueblo que estima, que tiene conciencia de sí mismo, no sólo debe defender sus fronteras, su patrimonio territorial, tiene que saber, ante todo, defender su patrimonio espiritual, defender sus valores culturales, sus leyendas y sus mitos. Que el hombre de las armas defienda la frontera y el hombre de pensamiento ocupe su lugar de lucha y defienda su pensamiento!

Decía Calle refiriéndose a Montalvo: "Ya hemos dicho otras veces que la estatua que los ambateños han levantado a su Hombre, no basta, si el culto no se perpetúa con el mayor y constante conocimiento de lo que motivó la erección de aquel bronce... Falta lo más trascendental para la glorificación de Montalvo, y es la publicación de sus obras completas".

Las mismas palabras podemos hoy repetir no sólo en relación a Montalvo sino también al gran periodista y escritor morlaco. Preciso es perpetuar su nombre con el mejor conocimiento de sus escritos y con la publicación de sus obras completas.